

Artista y maestra: de un lado y del otro a la vez

mEy!

En esta doble tarea de dibujar y hacer dibujar al otro, hay algo seguro y es que difícilmente un día me despierte y me sienta aburrida. Es una rueda genial en la que a la vez una actividad es el recreo de la otra y la otra es el recreo de una, todo el tiempo. Justo cuando la soledad de mi escritorio, el trabajo personal, introspectivo e individual de mi ser ilustradora me aburre, llegan los niños a manchar todo y enseñarme un par de cosas que me estaba olvidando. Justo cuando la energía infantil llega a absorber la mía, me recluto a crear para reencontrarme conmigo misma. Energía renovable: salimos todos ganando.

El ilustrador es también autor.

En la tarea de ilustrar un libro en principio leo la obra escrita e interpreto como cualquier lector lo hace. En una segunda y tercera lectura empieza el trabajo del ilustrador. No sólo se trata de dibujar exactamente lo que el texto dice y traducir a imágenes las palabras. No sólo eso. Tiene que ver también con crear otras cosas que están pasando mientras el texto cuenta lo que cuenta. Es por eso que los ilustradores hacemos tarea de autores también. No sólo pretendo con mis ilustraciones acompañar la obra del escritor, sino que también es mi objetivo enriquecerlo y sumar datos. Sumar historias, sumar relato.

El ilustrador es autor. El universo escrito cuenta en el idioma de las palabras. Las ilustraciones cuentan en el idioma de las imágenes. Son hermanos pero no gemelos.

El texto dice:

“Marilina era muy famosa por el largo de su cabello. Ninguna señora ni señorita en su país lo tenía tan pero tan largo como Marilina.”

Y ahí mismo la imaginación de todos se despierta. La del ilustrador también. Sabemos que Marilina tiene el pelo increíblemente largo pero no sabemos qué forma tiene: si es largo hacia arriba, hacia la derecha, hacia ambos lados o hacia abajo; si es una maraña de rulos o si es el cabello

más lacio y cepillado de la historia. Lo que sí sabemos es que lo tiene muy largo y eso el ilustrador debe respetarlo. A partir de ahí las posibilidades de Marilina ilustrada son infinitas. Y es ahí donde los ilustradores estamos invitados a sumar y ser autores de esta historia también.

Regla de la coherencia

Cuando los niños abren un cuento ilustrado esperan ver en las ilustraciones lo que las palabras les están contando, porque cuando esto no ocurre se produce una distracción y la comunicación entre el libro y los niños se rompe. Si el texto cuenta que Marilina tiene el cabello larguísimo y las ilustraciones muestran a una niña de pelo corto la comunicación no funciona. Se pincha la conexión, la cosa se vuelve extraña y la incoherencia en el mensaje es desconcertante. Es necesario que las palabras y las imágenes cuenten lo mismo. O, en realidad, que lo que el texto cuenta la ilustración no lo niegue ni se oponga.

Es como en el arte de la improvisación teatral: la regla número uno es “No negar”. Lo que el compañero improvisador propone se acepta y se continúa a partir de su propuesta para hacer crecer esa historia. Siempre se acepta y se crea a continuación. De igual forma aplica para la tarea del ilustrador que no debe negar y contradecir lo que el cuento cuenta, sino aceptar la propuesta escrita y sumar historia desde su arte. El pelo de Marilina es larguísimo, como el texto dice. A partir de eso podemos pensar como ilustradores cómo resolverlo: si a lo largo, a lo ancho o hacia arriba. Pero el cabello es largo y de eso no habrá dudas. El ilustrador puede contar lo que no se está contando, puede exagerar lo que se cuenta, puede dársele prioridad o no a determinado aspecto en función de una idea o como recurso. En ese aspecto con los niños se puede jugar y probar. Sólo necesitan coherencia en el mensaje para permanecer con el libro abierto.

¡Dos historias al precio de una!

Cuidar a los niños o ir en busca de lo que creemos que necesitan no es lo mismo que subestimarlos. Es bueno que entiendan la forma

del dibujo para entrar en lenguaje, necesitan coherencia entre las palabras y las ilustraciones para interesarse en el libro, pero no es necesario que seamos obvios.

“Marilina tiene el pelo largo largo hasta el cielo” dice el cuento y Marilina ilustrada tiene el cabello con restos de estrellas, lunas, soles, planetas y nubes. Una de las partes más emocionantes de la tarea del ilustrador es la sutileza. Eso que no está exactamente descrito en el texto pero suma historia. Lo que los niños no lleguen a ver en las ilustraciones porque no consiguieron “pescarlo” no les hará daño. Lo peor que puede ocurrir es que no consigan entender el chiste. Pero si llegaron a verlo, si consiguieron darse cuenta la historia sumó y sumó. Por contar este libro más de lo que prometía el texto y por la sorpresa del niño al haber descubierto en la ilustración que algo más ocurría además de lo que las palabras contaban. ¡Bingo!

Por otro lado pienso que los libros no son sólo para el momento en que son comprados. Sino para ahora, para después y para dentro de unos años. Que el libro crezca junto con el niño.

Narcisismo del artista

Por momentos es difícil dejar de lado el narcisismo del ilustrador, como cualquier otro artista, y no poner el foco en “embellecer” un libro y que las ilustraciones se luzcan. De vez en cuando una o dos ideas buenísimas que se nos ocurren tienen que quedar afuera en pos de hacer un libro mejor.

Podría usar un montón de colores lindos que tengo en mi paleta pero este libro no necesita ser multicolor esta vez. No importa, artista egocéntrico, el multicolor en otra ocasión será.

Dejar de lado, seleccionar, “acotar la paleta” no sólo a veces es necesario sino que muchas veces de esta selección surgen las mejores cosas. Es estar en descubrimiento permanente. Es una actitud bastante infantil. Justamente, así es.

Esto se puede enlazar directamente con la enseñanza artística a niños. No siempre lo que preparamos como maestros para la clase ter-

mina funcionando como lo planificamos.

Que plástica no sea la hora libre

Desde que comencé a dar clases de arte para niños hasta hoy ciertos puntos fueron corriéndose de lugar y lo siguen haciendo. Imagino que es saludable que así sea y con suerte siga ocurriéndome toda la vida.

En mis comienzos como profesora albergaba en mi interior una meta casi única y tenía que ver con la libertad total de expresión de los niños en mis clases. Posiblemente producto de vivir una frustración muy grande con mi maestra de plástica en mi escuela primaria: yo con tantos deseos de dibujar y pintar, y ella con tan pocas ganas de dar clases. Estoy segura de que eso me marcó desde aquel momento y hoy desde el otro lado es un recuerdo que me obliga a no olvidar para intentar no caer en el cansancio de la tarea de enseñar.

Por algo viví esa experiencia y hoy se convierte en luz en mi carrera. Un punto en el que creo desde el principio y renuevo todo el tiempo tiene que ver con la importancia que tiene este primer encuentro de los niños con el arte. La prioridad es generar una experiencia divertida, de investigación lúdica y de valoración plena tanto del proceso como de la obra final en esta temprana y primera etapa del artista niño. Conseguir de alguna manera que este primer acercamiento con el arte, que en muchos casos será el único en sus vidas, resulte con saldo positivo. No importa a qué se dediquen luego, no importa qué logren en sus vidas ni cuán artistas lleguen a ser de grandes. Que esta experiencia que dura algunos años en su infancia deje una huella sana para siempre. Una pieza valiosa que de alguna forma sigue funcionando internamente.

Sólo ideas, ninguna certeza

¿Qué es eso que puedo hacer para lograr esa experiencia positiva?

Y eso fue variando en mis ideas con el tiempo, y continúa madurando. En principio sobrealoaba la libertad total y el desorden de la expresión pura. Las clases podían resultar cualquier cosa, era cuestión

de hacer malabares con los pedidos de los niños para ofrecerles las herramientas y cumplirles el deseo del momento.

Me di cuenta que en la enseñanza artística no necesariamente la libertad total concluye en una experiencia positiva. Esa libertad de expresión necesita un cierto orden, un cierto material, cierto acotamiento que apelando a cierta sabiduría que tenemos como maestros podamos ofrecerles. Ordenar el caos infantil, no del todo, lo suficiente, sólo un poco. Sin borrar la espontaneidad de la niñez, sabiendo escuchar las particularidades de cada niño, corriéndonos de la estructura fija de la actividad planificada cuando fuese necesario.

Quizás se trate sólo de intervenir sirviendo ténpera negra en la paleta del niño sólo en el tramo final de la pintura o cuando lo pida y sólo un poco. Porque ya sabemos que el color negro se les mezcla con el resto de los colores y se los “ensucia” y en cuanto lo descubran en el papel se sentirán frustrados. Y pienso, que seguramente sea bueno que alguna vez les ocurra, lo vivan y se enojen. Manejar mi propia frustración de ver como “arruinan” una pintura que estaba “linda”. Pero luego de eso sí intervenir y servirles sólo un poco de color negro y al final para que aprendan a valorar su trabajo, para que observen que es estéticamente valioso lo que consiguieron hacer.

Así, en el camino de manejar mi frustración frente a la impronta caótica del niño, limitar su caos lo necesario y correr hacia la soledad de mi escritorio a pintar para descansar y llegar entera y sana a la próxima clase de arte. Para ellos y para mí. Para mí, entonces para ellos.

Un secreto que pienso debe desparramarse: el maestro de arte debe poder tener siempre un espacio de obra personal. El artista debe poder darse el lujo de enseñar.